

**“Paz con los ojos abiertos”**  
**Gabriel García Márquez.**  
**Inscripción hecha en la Plaza Bolívar - Bogotá**  
**(26 de agosto de 1984)**

Las varias décadas de conflicto armado interno en Colombia son la etapa ulterior de enfrentamientos que han ocupado gran parte de su vida republicana y tienen una importante lección para una América Latina que, durante la segunda mitad del siglo XX, trazó una brecha nítida entre democracia y dictadura: en esta experiencia, ella se ha presentado, más bien, varias veces difusa. A diferencia de países en la región, donde mandos electos son abruptamente depuestos por dominios militares devastadores, nuestra historia casi ininterrumpida de autoridades formalmente democráticas no solo no ha impedido que el país se convierta en escenario de largos estados de sitio y periodos de autoritarismo represivo, sino que también ha hecho de él una de las naciones con los intercambios violentos más continuos y complejos a escala mundial. Su geografía accidentada y fragmentada ha sido contexto fértil para excesivos actores que repetidas veces pusieron en alto riesgo las bases de la sociedad: más de diez grupos insurgentes, incluso luchando entre sí o imponiendo drásticos ajusticiamientos internos; organismos paramilitares, en columnas visibles y moviéndose en la clandestinidad; delincuencia y crimen organizado, con énfasis en la guerra entre carteles o el narcoterrorismo contra políticas de extradición; además del Estado y la clase política, han sido al menos cuatro núcleos divergentes y en fricción dentro de una tragedia que, no obstante, les permitió por momentos tejer entre sí sus propias alianzas o instancias de coordinación; y el registro de más de ocho millones de víctimas producidas desde fines de los años cincuenta excede abrumadoramente a las cifras recogidas con horror como desenlace de las guerras civiles o el terrorismo de Estado de regímenes totalitarios en cualquier lugar del continente.

El despliegue de esta violencia crónica o de retaliaciones sin tregua ha golpeado, aun si con distinta intensidad y frecuencia, a élites y pueblo (o, para usar los términos del caudillo asesinado Jorge E. Gaitán: tanto al *país político* como al *país nacional*). En Colombia es difícil no tener un vínculo, aun si remoto, con alguien directamente tocado por la guerra: con algún familiar o simplemente conocido que ha resultado muerto o desaparecido, víctima de desplazamiento forzado o secuestro (o alguien de su entorno cercano). La alta tasa de magnicidios —cuyos autores intelectuales permanecen muchas veces en la sombra y la impunidad— tiende a ser, sin embargo, la superficie de un número más amplio de masacres, despojo, desaparición y desplazamiento forzados, diseminados en las poblaciones más vulnerables de manera multitudinaria, en quienes esta violencia ha tenido mayor y devastador impacto. Si su historia no consigna cruentos enfrentamientos con sus vecinos, sin duda han sido los conflictos internos los que han tenido desgarradora persistencia.

Pero tanto interna como externamente, su magnitud ha rebasado los topes: marcó con sangre instituciones públicas normalmente resguardadas —como el Congreso de la Republica en 1949, con el fuego cruzado de los propios representantes a la Cámara, o el Palacio de Justicia en 1985, donde más de cien personas, incluyendo magistrados de la Corte Suprema, fueron abatidos tanto por la insurgencia como por la contra-insurgencia del Estado—; y ha tenido impacto creciente más allá de sus fronteras, convirtiendo otras soberanías en escenarios ampliados de operaciones militares, y cuyos gobiernos no han podido mantenerse solo como observadores, siendo intempestivamente implicados en la conflagración y generado crisis diplomáticas (como con Ecuador en 2008 o Venezuela en 2008 y 2010) así como diversos modos de mediación o intervención directa o indirecta (Estados Unidos y el Plan Colombia desde el 2000, Francia y su campaña por la liberación de Íngrid Betancourt desde 2002), en lo que enfáticamente desde el siglo XXI ha implicado la internacionalización del conflicto.

Pero aun cuando la imagen del país ha sido despiadadamente estigmatizada por la guerra, ha existido simultáneamente un incesante, aun si depuesto o intermitente, reclamo de paz: este es el único país en el mundo con más de una decena de procesos y diálogos que —aun con tropiezos, frustraciones o deslealtad— han intentado una salida negociada y no militar al conflicto que han logrado, en todas estas décadas, la dejación de armas, la desmovilización y reinserción —ya civil o política— de miles de jóvenes y varios jefes excombatientes, tanto entre los miembros de grupos guerrilleros que en un momento se plegaron a la rebelión subversiva como a los que se entregaron a la ilegalidad para imponer a sangre y fuego sus criterios de orden.

No es ironía destacar aquí que el nombre recuperado en la segunda mitad del siglo XIX, retomando la propuesta del viejo sueño geopolítico idealizado por Simón Bolívar, es al mismo tiempo homenaje y símbolo. Homenaje al almirante que buscando ruta a las Indias se topó con un continente sin saberlo, y cuyo apellido en latín (Columbus) significa, precisamente, ‘paloma’: ave que tradiciones bíblicas del Viejo y Nuevo Testamento — donde, o transmite el mensaje de una tierra nueva que emerge en el planeta llevando en su pico, como prueba de su hallazgo, una rama de olivo; o es la forma alegórica de una de las tres personas que hacen parte de la divinidad católica—, han convertido, en versiones seculares instituidas después de la Segunda Guerra Mundial (especialmente, si la paloma es blanca), en emblema internacional de la paz.

Aun sin esas referencias, habilidades conocidas desde antes de estas escrituras, hacen que el ave destaque por su gran sentido de orientación para retornar al nido, aludiendo al vuelo de una esperanza a todo riesgo (guerra o desolación diluviana) y, por tanto, metáfora de quien desea encontrar la calma luego de la tempestad. Como si el significante se posara descomplicada sobre el significado, esta representación ha tenido una destacada incidencia en medio de los intentos de buscar acuerdos con diversos actores del conflicto. No siempre unida a ese único contexto, en ocasiones su aparición también ha

logrado controvertir las representaciones más cándidas o de mayor consenso alrededor de la imagen: estas aves son acaso los más visibles pobladores que, junto a los ciudadanos, ocupan las principales plazas y áreas abiertas de casi todas las ciudades (abrumadoramente en la plaza central de Bogotá) causando aprobación, indiferencia o rechazo. En un país que se aprecia de tener una de las avifaunas más amplias y variadas [casi una quinta parte de las especies registradas en todo el planeta, entre endémicas y migratorias] estos mensajeros ecosistémicos señalan la estrecha relación entre la tarea de co-habitar y defender la biodiversidad.

La propuesta compila representaciones de palomas para recoger señalamientos que, de modo directo u oblicuo, permitan desentrañar este anhelo nacional tan esquivo, así como el imaginario que el propio país ha articulado sobre sí, junto a estas presencias. Como la frase de García Márquez aquí de epígrafe, paz no es sueño: se vive lúcida y repliega los párpados para permanecer atenta. En términos locales: no es posible ir ‘despalomados’. No es un estado, lugar ni instante mágicos, sino el acto permanente y cotidiano de buscar las formas de oponerse y cerrarle todos los caminos a la violencia. Por eso es más difícil que la guerra: compartir la verdad y el dolor de las víctimas, insistir en su reparación, seguir el proceso de implementación de lo pactado y contribuir con ello a la ampliación de la aun frágil e inestable democracia del mundo.

**Emilio Tarazona**  
**Septiembre, 2016**